

## LA CIENCIA: ¿NUEVA RELIGIÓN EN JULIO VERNE?

José Gregorio Parada Ramírez

Universidad de los Andes

### 1. ¿La ciencia: una religión?

No sólo la masonería sino los viajes, las lecturas, la enciclopedia y muy particularmente la Ciencia marcada por la corriente positivista de la época van a moldear al famoso escritor. Y es que el siglo de Verne es revolucionario desde el punto de vista científico. Es cierto que muchas de sus «máquinas» existían ya en su época, pero el autor no hace otra cosa sino aumentar las dimensiones. Verne quiere que el mundo sea técnico, científico y desinteresado y paradójicamente regido por las leyes del dinero, nos dice Jean Pierre Poncey (1976: 63). Incluso los héroes vernianos entran en el mundo descrito por Marx: Detrás de Fogg y su sangre fría están los «bank-notes» que pueden resolver todos los problemas, Kin-fo, el héroe de *Las Tribulaciones de un chino en China*, por ejemplo, no le «coge gusto» a la vida sino reencontrando su fortuna. Por cierto, en la fortuna del padre de Kin-fo encontramos el beneficio capitalista por doquier: la fortuna que proviene del comercio fúnebre consistente en repatriar a China los despojos de los chinos muertos en California es un beneficio; por otro lado la exportación de la fuerza de trabajo china se constituye en otro beneficio. De igual manera, la fortuna colocada en San Francisco es un buen negocio bursátil. Es el juego económico y paradójico con la muerte, justo como lo hace la empresa funeraria «La Centenaire». En este sentido, nos dice Picot (1992), en *Las Tribulaciones de un Chino en China* se mezclan la historia y la mitología de un pueblo antiguo, el Imperio del Sol y la tecnología capitalista. Afortunadamente, el calculador Kin-Fo será al final más sensible gracias a la fuga a la que se somete en territorio chino, a la presencia de la bella Le-Ou y a la lección del filósofo Wang.

Dejando de lado estos asuntos monetarios vamos a las figuras emblemáticas, portadoras de saber, ejecutantes de la ciencia: el propio hombre

como ser humano y el sublime representante de los números y del conocimiento técnico, el ingeniero. El hombre y la ciencia son en Verne los motores que hacen girar al mundo. El hombre-héroe no persigue solamente objetivo materiales, él es solidario, busca una comunión con sus semejantes y su interés personal es secundario respecto al interés común. Está abierto a la búsqueda de la verdad. Aquí no hablamos del francmasón sino del hombre ideal en Verne. Para acercarnos al núcleo de la verdad verniana, el hombre ideal en Verne es encarnado por el ingeniero, el sabio científico que pone todos sus conocimientos al servicio de la humanidad. En *La Isla Misteriosa* es Cyrus Smith quien realiza «los milagros» gracias a sus conocimientos de física y química. «Cyrus Smith, caído con su globo sobre una tierra virgen, es el ejemplo de un hombre ingenioso. Reflexiona, busca, encuentra pero se cuida de decir: «Hagan como yo». Aporta su conocimiento, instruye al joven Harbert y se hace el Rousseau del *Emilio*. Es iniciador y no redentor» (Dekiss, 1991: 82). Verne reconoce que, incluso si el hombre es poderoso e inventivo, hay cosas que le son imposibles de crear, un grano de trigo por ejemplo, en clara alusión a las limitaciones de la ciencia. Por esta razón, el grano conseguido por Harbert es guardado con mucho esmero para la buena estación. Incluso los sabios como Liedenbrock reconocen la superioridad divina: «La bóveda es sólida; el Gran Arquitecto del Universo la ha construido con buenos materiales y jamás el hombre podrá darle alcance» (Verne, 1982: 87). Sin embargo, hemos visto cómo en *La Vuelta al Mundo en ochenta días* el dominio del hombre sobre la naturaleza es algunas veces posible gracias a sus invenciones. Mr. Fogg, muy a pesar de la mala estación, emprende un viaje con una fe absoluta en sí mismo y, sobre todo, en los medios de transporte de la época. «La tierra es vencida y más aún cuando el recorrido se hace en un tiempo récord, insignificante, lo que a la vez convierte al hombre en maestro del tiempo y del espacio» (Verne, 1976: 92).

Será pues el hombre el gran demiurgo que modifica su enorme morada, reduciendo las distancias y el tiempo en una mágica acción producto de su ciencia.

Si queremos realmente tener la opinión del propio Verne respecto al hombre la encontraremos en *La Isla Misteriosa*: «Así es el corazón del hombre.

La necesidad de hacer una obra que perdure, que sobreviva a él, es el signo de superioridad sobre todo el que vive aquí abajo. Lo que ha fundado su dominación es lo que la justifica en el mundo entero» (Verne, 1984: 783).

«La dominación debe ser repartida en proporción de las luces» decreta Saint-Simon (Froidefond, 1992: 20)<sup>1</sup> y, en consecuencia, el hombre de la era de la máquina ya no es el magistrado ni el soldado sino el ingeniero, un sabio con conocimientos científicos y técnicos. «Por intermedio del ingeniero se produce una confusión entre la demanda de saber y una demanda afectiva. El saber se ha convertido en una fuente de poder, el aprender en una fuente de placer» (Verne, 1984: 23). A manera de ejemplo tenemos a Smith como jefe natural de los colonos; James Starr, el jefe de trabajos de la mina, muy apreciado por los obreros; Nemo, el capitán del equipaje del Nautilus. Los tres tienen algo en común: son ingenieros que utilizan sus conocimientos con propósitos diferentes. El ingeniero es para Verne lo que el mago y hechicero son para los pueblos primitivos.

¿Alabando al ingeniero y a las máquinas que él produce y de las que se sirve con sapiencia, no habrá querido mostrarnos Julio Verne una Ciencia capaz de controlar el mundo cual nueva religión en gestación? Ya decía Jean Rostand que la Ciencia ha hecho de nosotros dioses incluso antes de que merezcamos ser hombres. Sin duda alguna, el conjunto de la obra de Julio Verne es un gran himno a la ciencia y al hombre mismo puesto que este último es el centro generador de descubrimientos y conocimientos. Ella por su parte es tan omnipresente en las páginas vernianas que a veces la narración pierde el gusto literario para ceder paso a largas consideraciones de orden científico y técnico<sup>2</sup>. La ciencia se convierte en Verne en un verdadero culto. Sin ella, las máquinas no tienen ninguna razón de ser, los inventos, ningún objeto, y el hombre debe contentarse con guardar sus interrogantes en el fondo de su corazón. Lo sagrado, como en *La Isla Misteriosa*, siempre tiene el apoyo de la ciencia. Es ésta tan cómplice que Nemo, por ejemplo, aparece rodeado de atributos divinos,

---

<sup>1</sup> El trabajo de Froidefond estudia la importancia del ingeniero como marca de progreso en la obra de Verne.

<sup>2</sup> Los críticos son conscientes de que muchos lectores «se saltan» las largas consideraciones científicas de Verne, especialmente las clasificaciones de flora y fauna de algunas novelas.

sobrehumanos como el dominio del cuerpo y del dolor. La ciencia es un culto en sí misma puesto que su objetivo es la verdad universal que consiste en seguir un método de análisis riguroso de un evento cualquiera a fin de llegar a una explicación, con pruebas de apoyo, y de una manera irrefutable. En Verne, esta verdad hace más fuerte la fraternidad y el amor por el prójimo. La ingeniosidad de Cyrus Smith, su perseverancia, su espíritu de trabajo en equipo, le van a permitir reconstruir un mundo fraternal (Froidefond, 1992: 19). En efecto, gracias a la cooperación de cada miembro de la colonia y a los aportes de la ciencia, llegan a superar, poco a poco, todos los estadios de la evolución humana haciendo de su isla un pequeño paraíso donde Eva se llama «conocimiento y praxis » a la vez.

El gran templo de la ciencia es el universo entero y la tierra, el primer laboratorio de observación. En este sentido, señala Robert Pourvoyeur (1992: 33), antes que los inventos, la preocupación central en Verne es la geografía. Sus héroes recorren el planeta entero, en todos los puntos del globo lo miden y lo observan. El lector visita también, con ellos, todos los lugares escondidos y acompaña a los científicos en sus experiencias. Por amor a la ciencia, los héroes, siempre fieles y entregados, van bastante lejos en su búsqueda, incluso arriesgando su propia vida. Liedenbrock, consciente de los peligros del viaje, se lanza a la búsqueda del centro de la tierra. Mientras se muestra «como sabio egoísta», la dimensión humana de la novela es pobre, insípida, mejor aún, vacía. Al contrario, cuando expone su lado humano, en su entrega y sacrificio, la novela cobra un matiz más fraternal.

La obra de Verne es una invitación al descubrimiento del conocimiento y una gran iniciadora hacia el mundo científico. Las reflexiones de los amigos de Kin-Fo sobre la ciencia y el conocimiento (*Las Tribulaciones de un Chino en China*) no son gratuitas:

- La felicidad está en el estudio y el trabajo. ¡Adquirir la suma más grande posible de conocimientos es buscar convertirse en ser feliz!...
- ¡Y a aprender que, al fin de cuentas, uno no sabe nada!
- ¿No es verdad que ése es el comienzo de la sabiduría?

— ¿Y cuál es el fin?

— ¡La sabiduría no tiene fin! Respondió filosóficamente el hombre de lentes. ¡Tener sentido común sería la satisfacción suprema! (Verne, 1991: 2).

Kin-Fo está abierto a la adquisición de conocimientos. Nada puede sorprenderlo puesto que su espíritu, como el de su padre, se muestra optimista hacia las nuevas tecnologías:

Kin-Fo... era un hombre de progreso. Ninguna invención moderna de los occidentales no lo encontraba refractario a su importación. Pertenece a la categoría de estos Hijos del Cielo, demasiado raros todavía, a los que seducen las ciencias físicas y químicas... El progreso material se había introducido hasta en su interior. En efecto, los aparatos telefónicos ponían en comunicación los diversos espacios de su yamen. Timbres eléctricos también unían las habitaciones de su morada... Se alumbraba con gas... Había adoptado el fonógrafo, recientemente llevado por Edison a su más alto nivel de perfección (Verne, 1991: 48).

En otro orden de ideas, en Verne, ya lo hemos dicho, hay una dimensión religiosa y una concepción personal de Dios. Sus personajes son, como él, deístas<sup>3</sup>. Dios, llamado «Providencia», es una entidad poderosa y plena de bondad. Para A. Lebois (1976: 26) el reto asumido por Phileas Fogg es un himno de amor a la ciencia y un acto de fe en la Providencia puesto que Fogg tenía ciega confianza en el progreso que lo llevaría sin retraso a su objetivo. Con todo, el protagonista, y por qué no el hombre común, debe también enfrentar a la otra

---

<sup>3</sup> El deísmo es la doctrina de los que admiten la existencia de un ser supremo, creador del universo, base y sanción moral, pero que rechazan todo culto exterior y toda revelación. El deísmo no es un sistema religioso propiamente dicho, es más bien considerado como una opinión filosófica. Tal como apareció en el siglo XVIII, era según Emile Faguet «un compuesto de ateísmo en formación y de cristianismo en descomposición».

Por su parte, el teísmo es la doctrina según la cual el principio de unidad del universo es un Dios trascendente a este universo. Hay diversos tipos de teísmo. El teísmo antiguo busca sobre todo un principio de inteligibilidad: Dios es un alma que, sin haber creado el mundo, lo organiza (Platón); más aún, el primer motor del devenir universal, inteligencia pura que se contempla ella misma, separada del mundo que ella no ha creado (Aristóteles). Con el teísmo moderno (San Tomás, Descartes, etc.) Dios se convierte en un principio de existencia: Es un dios personal, infinito, que creó el mundo, actúa sobre él por su providencia y se le manifiesta por revelación<sup>3</sup>.

Datos biográficos permiten concluir que Verne tuvo a lo largo de su existencia un comportamiento deísta.

fuerza de la balanza representada por el mal. De hecho, la advertencia ha sido dada: incluso la ciencia puede ser peligrosa y el orgullo, un mito que roe el corazón de un «sabio loco» como Orfanik cuyos experimentos no sirven sino para espantar a los pobladores de Werst y para contribuir con las malas intenciones de Gortz. También la ciencia encierra al hombre en la soledad tal vez en la paradoja de pretender ayudarlo a comunicarse (Picot, 1992: 63): En su yamen, Kin-Fo está siempre en contacto con el filósofo Wang no a través de conversaciones «persona a persona» sino por intermedio de un tubo acústico: «La máquina, al aumentar el poder del hombre en detrimento de sus capacidades éticas, desarrolla el orgullo del saber que arrastra al hombre inevitablemente a desafiar a Dios. Ella puede virtualmente cumplir una función religiosa al permitir a través de la incursión de la naturaleza, una contemplación más sublime» (Volker Dehs, 1992: 85). El Nautilus es una maravilla tecnológica de la que Nemo se siente muy orgulloso. Sin ella, el poder de Nemo se vería entonces completamente reducido. El es el genio de los océanos a causa de una máquina que se introduce en los misterios de las aguas. ¡Por esto Nemo busca destruirla para proteger al hombre de sus propias invenciones!

Sin lamentaciones, Verne dice adiós a la teología retrógrada del siglo XIX para dar cabida a la ciencia, moldeada por el positivismo, «una religión universal».

En esta novísima concepción la electricidad se comporta como la fuerza invisible que todo lo mueve. No es para menos que «la obra de Verne aparezca como el *Cantar de los cantares* de un nuevo Salomón, dedicado a ensalzar la grandeza exaltadora de un mundo donde triunfan la mecánica y la electricidad» (Froidefond, 1992: 33).

La electricidad, «el alma del universo», para utilizar la definición del autor, es la gran magia de las máquinas vernianas. A causa de su enorme poder, una nube de misterio cubre los prodigios de lo que ella es capaz. Nemo, orgulloso de su Nautilus, se conforma con decir que la electricidad le procura el calor, la luz y el movimiento. En otras palabras, habla de las aplicaciones pero no del origen de esta fuerza. Ella es el rayo nuevo, el fuego del hombre

moderno. La reflexión de Verne hace del hombre un nuevo dios. El hecho de producir electricidad, y, en consecuencia, el rayo, no es otra cosa sino convertirse en Zeus, en domador del fuego.

La máquina por excelencia en Verne es el tren, y por extensión, la máquina de vapor, pues ella lleva el progreso, reduce las distancias, integra a los pueblos, transporta la mercancía y, naturalmente a pasajeros que, como Phileas Fogg, devoran el planeta en poco tiempo. Para los sansimonianos, el tren es el progreso en sí mismo. El tren es sinónimo de velocidad y resultado de una revolución industrial que hace girar el mundo al ritmo de una nueva era: la de la máquina. Así, el poder del siglo XIX está marcado por la rapidez de las máquinas y el carácter efímero del transcurrir humano sobre la tierra. «*La Vuelta al Mundo* es [...] un himno a la máquina de vapor bajo la doble forma del barco y de la locomotora. La locomoción a vapor asegura el dominio del hombre sobre el globo terrestre y lo libera de la servidumbre del espacio y del tiempo...» (Chesneaux, 1976: 11). La armonía de la naturaleza no se rompe con esta dominación, la vía férrea se adapta a la naturaleza. La novela representa una alabanza a la exactitud y a la regularidad. Su héroe principal, creyendo en la superioridad de la máquina, es él mismo un hombre-reloj, un hombre-máquina que adapta su itinerario al cálculo establecido por el *Morning Chronicle*. Ganar la apuesta significa, pues, decir que el poder de la máquina es incontestable. No obstante, el éxito no depende solamente de la máquina sino del dinero. El mundo del éxito pertenece a los que poseen el dinero, como ocurre con la mayor parte de los héroes vernianos. La valija de «bank-notes» le abre a Fogg todas las puertas de lo imposible como la ganzúa de los cerrajeros (así lo corrobora el nombre de su valet Passepartout, que pasa por todas partes). El oro alquímico debe ser removido constantemente y la caldera de las locomotoras debe ser alimentada sin cesar, máxima esotérica de la búsqueda filosófica.

## 2. Verne y el Positivismo

Hablar de la relación entre Verne y la doctrina de Comte no implica demasiados riesgos. Podemos constatar perfectamente que las tesis de Comte tuvieron buena acogida en Verne.

La idea de la preponderancia de la industria, por cierto inseparable de la ciencia, que había acercado a Comte hacia Saint-Simon, se muestra claramente en *Veinte mil Leguas de Viaje Submarino*. El Nautilus es el producto de la industria siderúrgica más avanzada del siglo XIX: «su quilla fue forjada en el Creusot, su arboladura de hélice en la Pen & Co. de Londres, las planchas de su casco en la Leard, de Liverpool, su hélice en la Scott, de Glasgow. Sus bodegas fueron fabricadas por Cail & Cie de París, su máquina por Krupp, en Prusia, su espolón en los talleres de Motala, en Suecia, sus instrumentos de precisión por la Hart hermanos, de Nueva York» (Verne, 1984: 106).

En todos los dominios, la cartilla positivista es recorrida por Verne en sus obras. No sin razón Michel Serres (1974) dice que los *Viajes Extraordinarios* son el *Curso de Filosofía Positiva* para uso de todos, incluidas las ciencias exactas y las ciencias sociales. Sumergido en el espíritu positivista, Verne va a los límites de la bibliografía: la agota, cita listas, y rescribe haciendo el tour de una verdadera búsqueda documental. Su obra ha permitido, en cierta medida, crear en sus lectores el hábito de adquirir un conocimiento enciclopédico de las ciencias promulgadas por el positivismo. «Tuve la suerte, nos dice Verne en una entrevista con el periodista americano Robert Sherard en 1893, de entrar en el mundo en un momento en el que existían los diccionarios sobre todo tipo de tema posible. Me bastaba encontrar en el diccionario el tema sobre el cual buscaba información, y listo...» (Dekiss, 1991: 146).

En el positivismo, hay seis ciencias fundamentales: las matemáticas, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología, pero son las matemáticas las que proporcionan naturalmente las formas y los marcos del razonamiento necesario para las otras ciencias (Lafont-Bompiani, 1964: 337). Y muy ciertamente las matemáticas son las invitadas de honor para Verne. Las cifras y los cálculos se encuentran esparcidos en sus párrafos como las manchas



blancas de la bóveda celeste en una noche estrellada. Tomemos un ejemplo: Fogg es un híbrido entre la máquina y el hombre. Es la «verdadera mecánica» que funciona como un reloj matemáticamente cronometrado. Para ir de Saville-row al Reform Club, coloca «mil quinientas setenta y cinco veces su pie derecho delante de su pie izquierdo y mil quinientas setenta y seis veces su pie izquierdo delante de su pie derecho...» (Verne, 1998: 30). De igual manera *De la Tierra a la Luna* es un cuaderno de apuntes lleno de cálculos fascinantes.

Verne parece admitir la famosa fórmula de Comte: «Saber para prever» puesto que este principio asegura la sobrevivencia de los colonos en *La Isla misteriosa*: «Y en efecto ellos «sabían», y el hombre que «sabe» logra allí donde otros vegetarían y perecerían inevitablemente» (Dehs, 1992: 88).

El sueño comtiano de una religión de la humanidad no es extraño para Verne. El estado positivo de Comte es visto como el futuro de la humanidad<sup>4</sup>. De aquí la necesidad de una religión que reemplace al reino de Dios por el reino de la humanidad. Así, gracias a la ciencia, el hombre, al dominar cielo y tierra, viola todas las leyes divinas y naturales y a veces se siente igual a Dios (Verne, 1989: 94). El hombre es el centro generador de cambios, el inventor de las máquinas que retan a la naturaleza, el que va a sus entrañas para sacar sus minerales y agotarla.

Culmino opinando que Cyrus Smith nos hace pensar en el Mesías sansimoniano pues sin él los colonos estarían perdidos. Su ciencia se revela entonces como la salvación en medio de una isla salvaje, poniendo su inteligencia y sus técnicas al servicio de su «pequeña humanidad» para salvarla de las garras de la muerte.

---

<sup>4</sup> Comte propone tres estadios en la evolución de la ciencia: el estado teológico en el que los poderes divinos sirven al hombre como principio de explicación y de acción, el estadio metafísico en el que los poderes divinos son reemplazados por fuerzas impersonales y abstractas, finalmente el estadio positivo.

## BIBLIOGRAFIA

- CHESNEAUX J. (1976): *Jules Verne et le Tour du Monde*, Revue des Lettres Modernes, vol. 1, París.
- COMPERE, Daniel et al (1987): *Jules Verne, émergences du fantastique*, Revue des Lettres Modernes, vol. 5, París.
- COMTE, Fernand (1998): *Les grandes Figures des Mythologies*, París, Le Grand Livre du Mois.
- DEHS, Volker (1992): «L'âme de l'Oncle Lidenbrock. *Science et religion dans les Voyages extraordinaires*», *RLM*, vol. 6, París.
- DEKISS, Jean-Paul (1991): *Jules Verne: le rêve du progrès*, sl, Découvertes Gallimard.
- FROIDEFOND, Alain (1992) et al : *Jules Verne, la science en question*, Revue de lettres Modernes, vol. 6, París.
- Grand Larousse Encyclopédique* (1964), tomo 9. París.
- LAFFONT-BOMPIANI (1964): *Dictionnaire de Personnages*, París, SEDE,
- LAMY, Michel (1984): *Jules Verne, Initié et Initiateur*, París, Edic. Payot.
- LEBOIS, André (1976) «Poétique secrète du Tour du Monde en quatre-vingt Jours», *RLM*, vol. 1. París.
- LOTTMAN, Herbert R (1996): *Jules Verne*, Grandes Biographies Flammarion.
- MARITAIN, Jacques (1966): *La Philosophie Morale*, París, Editions Gallimad,
- PARADA, José (2005): *Una mirada al mundo religioso de Julio Verne*, Edic. Alcaldía de Girardot.
- PICOT, Jean-Pierre (1992): «Le Conteur et le Compteur ou Jules Verne entre Science et Sentiment», *RLM*, vol. 6. París.
- PONCEY, Jean-Pierre (1976): *Jules verne, émergences du fantastique*, París, Revue des Lettres Modernes, vol. 1. París.
- POURVOYEUR, Robert (1992): «Pégase chez Vulcain», París, Revue des Lettres Modernes, vol. 6, París.
- SERRES, Michel (1974): *Jouvences sur Jules Verne*, París: Editions de Minuit.
- VERNE, Jules (1984): *L'Île Mystérieuse*, París: Le Livre de Poche.
- (1984): *Voyage au Centre de la Terre*, París: Le Livre de Poche.

- (1991): *Le Château des Carpates*, Paris: Le Livre de Poche.
- (1994): *Vingt mille Lieues sous Les Mers*, Paris: Maxi-Poche.
- (1995): *Les Tribulations d'un Chinois en Chine*, Paris: Le Livre de Poche.
- (1997): *Les Indes Noires*, Paris: Edit. de Poche.
- (1998): *Le Tour du Monde en quatre-vingts Jours*, Manchecourt, Pocket  
Classique.
- VIERNE, Simone (1989): *Jules Verne : Mythe et modernité*, Paris, Puf-écrivains.